

del menemismo al kirchnerismo

María Julia se ofende si la comparan con Miceli

La única detenida por corrupción durante el menemismo no quiere que la equiparen con la ex ministra de Economía, primera condenada del kirchnerismo. Sus acusaciones, su recelo con CFK y su vida lejos de sus hijos.

Por Gustavo González

30/12/12 -



Diferencias. La ex funcionaria menemista asegura que la Justicia nunca pudo encontrarle un sólo peso que no estuviera declarado.

Se siente un poco sola, no conserva buenos recuerdos de sus cruces con Cristina Fernández (cuando la ahora Presidenta era senadora y la interpelaba sin mucho éxito en la Cámara en la época en que ocupaba la Secretaría de Medio Ambiente) y no coincide en que comparen el proceso judicial que la llevó a la cárcel con el que ahora terminó condenando a Felisa Miceli. La última vez que había hablado con María Julia Alsogaray fue en mayo de 2005. Ella estaba presa tras haber sido condenada por enriquecimiento ilícito. Yo era director de la revista Noticias, pero sobre todo era el autor de la investigación por la cual estaba donde estaba. La llamaba para proponerle una entrevista y temiendo cómo reaccionaría al escuchar al “culpable” de su detención.

Me sorprendió contándome cómo era su vida en la cárcel (compartía el baño con una narco, leía novelas en inglés y francés, estudiaba ruso, iba a las misas que oficiaba Von Vernich) y al final me sorprendió más al aceptar sin dudar un reportaje vía mail: “No se sorprenda –me apuró–. Tiene que ver con la actitud que la revista mantuvo conmigo a través del tiempo. Nadie podrá decir que ustedes me trataron en forma complaciente, ¿no? Pero rescato la coherencia editorial y que cada vez que hablaban de mí se preocuparan en llamarme para darme el derecho de opinar”.

Después de tantos años, tras el fallo contra Felisa Miceli intenté comunicarme de nuevo con María Julia. Quería preguntarle por todo, pero en especial por si veía algún paralelismo entre dos mujeres que un día estuvieron en el centro del poder y al siguiente se quedaron sin nada,

Menem y Cristina de por medio.

Me respondió que esta vez no daría un reportaje, que me seguía respetando a pesar de todo y que no había leído mi libro sobre la historia de Noticias en el que contaba los entretelones de la conflictiva relación entre ella y la revista que un día la había desnudado en su tapa.

Hoy, su vida es anónima. Chatea con sus hijos, que están radicados en los Estados Unidos, y está rodeada de un círculo muy reducido de ex compañeras del colegio, familia y poco más. Sólo entre ellos se atreve a pensar en voz alta.

Se horroriza por la sola comparación entre su caso y el de la ex ministra de Economía de Kirchner. Cree que a ella Menem jamás le soltó la mano y que quien de verdad la entregó fue el ex jefe de la SIDE, Hugo Anzorreguy. Sorpresivamente, enmarca su proceso en el contexto de la oscurísima investigación que llevó adelante el juez Juan José Galeano por el atentado a la AMIA y que incluyó el pago de un soborno de 400 mil dólares a uno de los imputados, Carlos Telleldín, para que cambiara su testimonio. Se ve como víctima de una cortina de humo en la cual Anzorreguy la ofreció como “rehén” ante la Justicia, los medios y la sociedad.

La causa por enriquecimiento en su contra también la había iniciado el juez Galeano en 1993, tras la publicación de la nota de Noticias. Cuando el menemismo detentaba el poder, el juez la trataba con guantes de seda (al llamarme a declarar me interrogó como si yo fuera el acusado y casi quedo preso por negarme a responder sobre mis “inclinaciones ideológicas”), pero con Menem en caída la suerte judicial de la ingeniera Alsogaray cambió para siempre.

En su círculo de confianza, ella se anima a trazar una línea que habría comenzado con aquella movida de la SIDE y que siguió durante el gobierno de Fernando de la Rúa: “La Alianza comenzó una persecución que le resultaba adecuada... Estaba centrada en alguien que era liberal, no peronista, no radical. O sea, alguien que no ponía en riesgo a nadie de sus aliados o ex aliados”.

Piensa que esa “persecución” se acentuó durante la era K por “una mezcla de envidia y resentimiento social”, que María Julia rastrea desde que Cristina la cruzaba mal cada vez que la interpelaban en el Senado cuando era secretaria de Estado.

Su negativa a compararse con Felisa Miceli parte de una obviedad: ella jura que es inocente, que en su caso la Justicia no pudo encontrar un solo peso que no estuviera declarado, ni cuentas en el exterior, ni un paquete de dinero en un baño. Que la acusaron y condenaron por una figura penal inconstitucional, la de enriquecimiento ilícito, que invierte la carga de la prueba. Y que la sentenciaron “utilizando mis propias declaraciones impositivas, que la AFIP no había cuestionado, y por montos sobre los cuales había pagado impuestos”.

No entiende por qué Miceli fue condenada por encubrimiento agravado y sustracción y ocultamiento de documento público, y no por enriquecimiento ilícito como lo fue ella. En fin, la ofende que la comparen con un personaje de “tan bajo nivel”. “Deberían compararla con Schoklender”.

Es una pena que no quiera hablar con la prensa, para demostrar que es cierto lo que dice, que es capaz de responder preguntas y repreguntas. Sus amigas confiesan que están preocupadas por la suerte judicial que pueda correr en el futuro, con algunas causas que aún tiene abiertas (como la que la acusa por fraude a la administración pública por supuesta sesión irregular de terrenos que pertenecían a Radio Nacional). Y dicen que ése es el motivo por el cual hoy prefiere no dar la cara.

La Justicia, ayer y hoy, es ese lugar último en el cual se suele jugar el poder. Para defender a los propios, para ofrendarlos o para mantener apretado el cuello a lo largo del tiempo de los que estuvieron allí y algún día podrían contar de qué se trata.